

COMENTARIO DE TEXTO

Algunos ejemplos de cómo la Sociología en tanto saber científico y crítico va más allá de la apariencia.

Para conocer la organización política de una comunidad podemos recurrir a los textos y actividades legales que la regulan; pero el sociólogo quiere ir más allá, deseará conocer la dinámica electoral o los grupos de poder antes que la organización de los presupuestos municipales, descubrir lo que hay tras esa organización política.

También el amor puede engañarnos; lejos de ser una emoción irresistible e imprevisible, éste se muestra como algo que surge sólo cuando se cumplen ciertas condiciones; convirtiéndose en una trama relacionada íntimamente con el lugar que un individuo ocupa en la sociedad: su clase social, profesión o aspiraciones, más que en el mito del flechazo de cupido. El sociólogo, de nuevo, irá más allá de las interpretaciones sociales, buscando lo que condujo al enamoramiento, los signos que indican qué lleva a dos personas a mantener una relación amorosa.

En referencia a este tema, Giddens afirmaba que: mientras para el pensamiento común de la propia sociedad, el amor está íntimamente conectado con el matrimonio desde tiempos inmemoriales y en todas las sociedades; para la Sociología, la idea de que los vínculos matrimoniales se basan en el amor romántico es reciente, siendo casi desconocido para la mayoría de las sociedades.

El mismo autor nos señala otro ejemplo en que el pensamiento común atribuye a un valor reciente el carácter atemporal y universal: la riqueza material y el “prosperar”. Para la sociología este valor está asociado al “individualismo” y a la exaltación del logro personal desarrollada en Occidente, puesto que existen otras comunidades donde se espera que el individuo anteponga el bien común a sus deseos e inclinaciones.

En conclusión, este texto nos explica con algunos ejemplos cómo la Sociología es una ciencia que estudia todos los aspectos concernientes a la sociedad: cómo es, fue y hacia dónde puede evolucionar; pero también las diferencias entre lo que realmente es una sociedad y el pensamiento común que ésta sociedad tiene de sí misma. El ejemplo sobre el amor es especialmente bueno, pues alumbra con frialdad un tema que, debido al misticismo y a la idealización, se ha convertido en un mito de nuestra sociedad actual: la llegada del príncipe azul, el amor ardiente y eterno, su accidentalidad,... es una idea que cada vez está más arraigada en la sociedad actual, y como comenta el artículo, es una creencia relativamente nueva.

El concepto más importante queda patente: al adentrarnos en la Sociología, no podemos quedarnos en la superficie, hay que profundizar más allá de las apariencias; observar, estudiar y sacar conclusiones basadas en una buena investigación.

COMENTARIO SOBRE EL TRABAJO

El trabajo ocupa un lugar destacado en la sociología; un gran ejemplo de ello son las teorías de Marx en referencia a la alienación del trabajador en la sociedad burguesa. En éstas, evalúa distintas dimensiones en las que el ser humano sufre la distorsión entre la estructura de la sociedad capitalista y la naturaleza humana; el obrero se ve alienado de su actividad productiva (no trabajan para satisfacer sus propias necesidades, sino para conseguir un salario para sobrevivir), del producto resultante (puesto que no es propiedad del trabajador), de sus compañeros de trabajo (la inexistencia de cooperación natural produce una sensación de soledad, incrementada por la competencia) y, por último, de su potencial humano (la imposibilidad de realizarse como seres humanos, de expresar sus capacidades inherentes). Por supuesto, la sociedad ha evolucionado mucho desde entonces, y autores como Castells han buscado visiones más optimistas, relacionadas con el desarrollo del sector de servicios y la posibilidad de la realización individual y del acceso a los estudios deseados; otros, como Beck, consideran que todo esto no es suficiente, y que la alienación del trabajo sigue presente en nuestros días.

En mi opinión, pese a que hoy en día, al menos en teoría, es mucho más fácil “huir” del nivel económico y del estatus social para intentar estudiar y dedicarse al trabajo que uno desea, en la práctica, el entorno condiciona notablemente el trabajo que uno termina desarrollando. La educación en la infancia es un factor decisivo para inculcar en el ser humano las inquietudes necesarias para que más tarde la persona pueda evaluar, elegir e intentar alcanzar sus metas. Por supuesto, las metas también se ven influidas por lo que nos rodea: los libros que leemos, los programas de TV o el cine que vemos, los amigos y personas con quien nos relacionamos, el nivel educativo del colegio al que acudimos,... Todo es susceptible de provocar una respuesta en el individuo.

Respondiendo a la cuestión de si las personas trabajamos o no en lo que queremos, y teniendo en cuenta que la economía influye mucho en los puestos de trabajo disponibles, creo que puedo afirmar que mucha de la gente que conozco trabaja “en lo que hay”; y eso se da tanto en la gente con estudios universitarios como en gente con estudios básicos; habrá que especificar que mi lugar de residencia ha sido hasta hace poco Mallorca y que allí la hostelería es donde trabaja la gran mayoría de la población. Por otro lado, sí que existe una clara tendencia a buscar un trabajo donde hacer lo que a uno le gusta y disfrutar con ello; la movilidad entre puestos de trabajo, sobre todo si estás cualificado, es una realidad actual, que se ve ampliada cada vez más con las nuevas normas internacionales.

COMENTARIO DE TEXTO

¿Va nuestra sociedad a mejor o a peor? El problema del progreso

Todo progreso tiene un precio; si dicho coste compensa o no es algo que depende del punto de vista. Teniendo en cuenta que nuestra visión del conjunto viene determinada por la sociedad en la que nos encontramos, por su historia y cultura o por la educación recibida, entre otras cosas, resulta que el lugar en el que nos encontramos o la sociedad de la que formamos parte determina nuestro pensamiento; así, se dice que los norteamericanos parecen ver el progreso y el futuro que le acompaña de una forma más optimista que los europeos, cuyas ideas no están faltas de crítica, desencanto, cinismo e incluso desesperación. Un ejemplo de es que autores norteamericanos como Nisbet o Therborn creen que el progreso es necesario y que distingue la sociedad anterior de la modernidad, mientras que autores europeos como Marx, Weber o Durkheim afirman que, a pesar de que el progreso implica ciertos beneficios, éste no garantiza una vida mejor. Respecto a la idea de que el lugar es determinante, quizá incluso podríamos llegar a afirmar que en lugares del tercer mundo, el progreso puede verse como algo beneficioso, deseable o incluso ideal, al no conocer las desventajas que éste implicaría o considerarlas pequeñas en relación a las ventajas que comportaría.

Lo que parece ser completamente cierto es que el primer mundo ha obtenido del progreso grandes ventajas como las mayores comodidades, la tecnología al alcance de todos (teléfono, televisión, coches,...), la mejora del acceso a la educación, un mayor nivel de vida y de renta, una mayor esperanza de vida,... que pueden llevar a una sensación ficticia de felicidad, muchas veces provocada por aquello que nos rodea (la sociedad, cultura y educación mencionadas anteriormente). No obstante, no hay que confundir términos; hay que evitar la identificación típica de proceso con desarrollo tecnológico, hay que ir más allá y evaluar si el progreso humano se da en la misma medida que éste. La respuesta a esta cuestión también parece clara: no.

El progreso ha provocado, a nivel personal, lo que podríamos denominar “efectos secundarios”: una sensación de desamparo o aislamiento social que puede llegar a provocar depresiones; un conflicto interno continuo fomentado por la sensación de ir contra los propios principios o de sentir un vacío interior que no nos vemos capaces de llenar; la instauración del egoísmo y la extrema competitividad en nuestras vidas hasta el punto de ser considerada “normal” (entendido este término como “aquello que, por su naturaleza, forma o magnitud, se ajusta a ciertas normas fijadas de antemano”); la ausencia de una moral común que nos guíe en nuestro crecimiento como seres humanos; el cambio en los valores que ha ocasionado el aumento de la delincuencia, la intolerancia o la radicalización de ideas; las facilidades para desplazarnos o cambiar de vida nos ha convertido en unos seres inmunes al sufrimiento ajeno;... Todo esto sin tener en cuenta otros factores que afectan a la sociedad en un sentido más amplio, como pueden ser el cambio climático y la contaminación, los conflictos bélicos motivados por intereses económicos, la desigualdad entre el primer y el tercer mundo,...

Pero, volviendo a las relaciones interpersonales, parece existir una relación inversa entre progreso tecnológico y progreso humano, decayendo este último en sociedades en las que el progreso tecnológico es mayor. Considero que la competitividad del sistema capitalista es un ejemplo claro de esta relación inversa: pisotear a los demás para obtener provecho o progresar en la sociedad está a la orden del día; un ejemplo claro es la novela de Jordi Galcerán *El método Grönholm* (también llevada al teatro y al cine), en la que una importante multinacional reúne en una misma habitación a los candidatos para un puesto de trabajo, y en el que la selección consiste en ser el último en abandonar la habitación; el relato se centra en hasta dónde serán capaces de llegar los elegidos, cuáles son sus límites morales, y representa, de una forma cruda y realista, el mundo al que debemos enfrentarnos día a día. Esto no es algo nuevo: para Marx el capitalismo nos vuelve inhumanos; para Weber, la organización de la sociedad convierte nuestras vidas en rutinarias y a nosotros en seres dóciles y obedientes; y para Durkheim, es altamente difícil encontrar lazos de unión basados en una moral común y no en la unión artificial de la interdependencia.

La reflexión de si la sociedad va a mejor o peor es una cuestión personal; en mi opinión vamos a peor, e irá mucho peor antes de mejorar; es posible que nos estemos equivocando de pregunta, y que no se trate de ir a mejor o a peor, sino intentar encontrar un camino en el que el coste del progreso sea lo más pequeño posible, y que éste no afecte a nuestro desarrollo como personas. Al fin y al cabo, aunque la sociedad está formada por individuos, un sólo individuo no tiene la fuerza suficiente para cambiar la forma de pensar de toda una sociedad.

COMENTARIO

La publicidad y el cambio social

Antes de empezar mi análisis, querría hacer varias consideraciones necesarias a la hora de interpretar este documento: En primer lugar, en la publicidad podemos ver reflejada nuestra sociedad, pero también lo que, según la moral colectiva, es el ideal; bajo la pretensión primera de los empresarios de encontrar soluciones a las necesidades globales de la población para así conseguir un beneficio, la publicidad es una herramienta para dar a conocer los productos y servicios que se ofrecen para satisfacer estas supuestas necesidades y, por lo tanto, muchas veces en los anuncios no vemos lo que existe, sino lo que se pretende que exista. En segundo lugar, los anuncios en los que se basa este comentario son una pequeña muestra de la publicidad de los años 70; por lo tanto, la generalización puede no ser real. Por último, hay que tener en cuenta la situación política de España en los años 70: una sociedad franquista, muy influida por la iglesia, y con una legislación completamente distinta a la que actualmente rige nuestra sociedad; la estructura de la sociedad y la familia de ese momento, no se muestra sólo en la publicidad de las empresas privadas, sino también en la institucional.

Quizá lo que más llame la atención a un espectador ajeno a esa época sea la familia que muestran los anuncios: la mujer cuida del hombre, que es quien tiene el poder económico y quien “le compra” los electrodomésticos y toma las decisiones económicas del hogar; el hombre siempre es “muy hombre”, y la publicidad ensalza su virilidad; el objetivo de la mujer debe ser estar guapa, gustar a los hombres, casarse, cuidar de su hogar y sus hijos,... nunca aparece como trabajadora fuera del hogar y mucho menos como sustentadora de éste; el hombre realiza “cosas de hombres”, y es él quien bebe licores o cerveza, conduce coches,... Esta diferenciación entre el hombre y la mujer también se puede apreciar en los anuncios de juguetes, mucho más sexistas que en la época actual: las cocinitas y muñecas para las niñas, los héroes de acción y coches para los niños; de hecho, el único anuncio que se muestra en el vídeo de un juguete que puede ser tanto para chicas como para chicos, la bicicleta, remarca especialmente esta cualidad unisex, como si fuera algo que lo distinguiera de los demás.

No obstante, esta situación no ha cambiado radicalmente; a pesar de que la mujer ahora se muestra como un personaje independiente, que sustenta el hogar a la vez que el hombre, que trabaja y compagina las tareas domésticas con las laborales, sigue siendo frecuente que los principales anunciantes de detergentes, electrodomésticos y alimentación utilicen a la mujer como la encargada de hacer la compra para la familia, elegir electrodomésticos como lavadoras y lavavajillas, limpiar, cocinar o como madre preocupada por la salud de sus hijos; mientras que el hombre aparece para anunciar bricolaje, coches, entidades bancarias,... No siempre es así, aunque la mayoría de los anuncios de este tipo utilizan estos estereotipos.

Otra característica que puede atribuirse al régimen franquista es el hecho de que la libertad puede

conseguirse a través de un coche o una moto; teniendo en cuenta que la libertad es algo inherente en el ser humano, y que en ese momento histórico ésta no era asequible para la población, la conquista de una parcela de libre albedrío es un gran reclamo. Asimismo, en el vídeo aparecen gran cantidad de anuncios animados, con músicas pegadizas y situaciones humorísticas, que bien podríamos atribuir a la necesidad de evadirse del mundo real. La ausencia total de referencias eclesiásticas o políticas que a día de hoy sí podemos ver en algunos spots corrobora que la televisión era, en su inicio, un entretenimiento, y la publicidad así lo asumía, evitando temas peliagudos.

También es característica de la época la gran exaltación del nacionalismo español; lo que hoy en día se consideraría **demagogia** o discriminación hacia las otras naciones que componen nuestro Estado, se muestra como algo deseable y necesario para la sociedad: una entidad unida, de la que todos formamos parte, una España común a todos los españoles.

Es reseñable la ausencia de mensajes sexuales, ya sean implícitos o explícitos. La presencia del erotismo es siempre velada e idealizada, y se muestra a través de unas piernas bonitas o, como máximo, un ombligo al aire (anuncio Camel). No existían en aquel entonces anuncios en los que la mujer o el hombre apareciera desnudo o se intentara vender el producto a través de contenido sexual, como ocurre hoy en día con anuncios de desodorantes o colonias, y cuyo máximo exponente es la publicidad de Axe. Asimismo, productos anticonceptivos como los preservativos o la píldora, aunque existían, no tenían lugar en la televisión.

La publicidad institucional prestaba más atención a aspectos menos crudos que hoy en día; en los 70 predominaban las campañas contra las chapuzas, la evasión de impuestos o las necesidades alimenticias de la población; mientras que hoy en día es común que las campañas estatales se centren en temas escabrosos como las consecuencias de beber o no llevar cinturón al conducir, las drogas, las consecuencias de las relaciones sexuales de riesgo o la anorexia. Aunque no es menos cierto que la legislación influye mucho en este tipo de publicidad.

La legislación actual también ha llevado a la desaparición de algunas situaciones en los anuncios, que antes se mostraban con total naturalidad; ejemplos de ello son: la presencia de publicidad sobre tabaco, que actualmente está prohibida; los anuncios de coches donde en el asiento delantero se coloca el matrimonio y en el trasero el resto de la familia, que bien pueden ser cuatro o cinco miembros, que hoy en día no existe debido que el máximo de plazas permitidas es de tres personas en el asiento trasero; que un obrero tome una cerveza durante su trabajo en la obra (en este último caso también podemos observar cómo no se cumplen las normas de seguridad que hoy en día son obligatorias como la utilización de casco o arnés); o la ausencia de mensajes de advertencia en los anuncios de juguetes (animaciones por ordenador, recomendaciones de edad, precio aproximado,...).

Por último, quería remarcar el cambio que se ha producido en el mensaje publicitario: en los 70 siempre es directo: “compre”, “fume”, “beba”,... y nunca se muestra a través del sarcasmo o la ironía, como ocurre con frecuencia en la actualidad. Aunque hay trucos publicitarios que no han cambiado en absoluto, como la utilización de famosos para publicitar un producto, aunque quizá en la actualidad se dé en menor medida.

COMENTARIO

El futuro de las ciberrelaciones

Comenta el texto que las nuevas tecnologías están dando origen a un nuevo tipo de relaciones, muy distintas de las que hasta ahora se establecían cara a cara. Internet es una herramienta de doble filo: nos permite hacer cualquier cosa sin salir de casa; pero también nos aísla del mundo real, sumergiéndonos en una soledad física voluntaria. Todo esto se añade a la tendencia experimentada en los últimos tiempos, en los que las relaciones en grupos primarios se hacen más impersonales y pasamos mucho más tiempo en el ámbito de grupos secundarios.

Según Sherry Turkle y Ken Gergen, está emergiendo un nuevo tipo de relaciones, cuyas características son, entre otras, la distancia, la utilización del lenguaje escrito, la ausencia de contacto visual o físico,... Así, también cambian los grupos sociales, pudiendo estar repartidos sus componentes por todo el mundo; y esto es sólo el principio.

Si bien es cierto que la tecnología puede ayudar a mantener relaciones ya establecidas, pero en las que la distancia impide el contacto físico, no es menos cierto que es posible que el desarrollo de lazos afectivos a través de la red puede convertirnos en seres tímidos que rehuyan el contacto real. Las relaciones son necesarias para nuestra evolución como seres humanos, nos muestran cómo debemos comportarnos en sociedad, nos educan y enseñan los principios morales imprescindibles para crecer; limitarlas al simple negro sobre blanco de la pantalla puede acarrear consecuencias psicológicas cuyo alcance no podemos imaginar.

El texto, además, nos formula algunas preguntas: ¿Qué puede ocurrir cuando nos hagamos todavía más dependientes de estas tecnologías? ¿Qué puede pasar cuando mucha gente no sólo no puede comprarse un ordenador, sino que ni siquiera sabe leer o escribir? ¿Nos estamos encaminando a un nuevo modelo de estratificación social basado en los “ciberricos” y los “ciberpobres”? ¿Qué puede ocurrir cuando las nuevas tecnologías son accesibles a grandes grupos de la población?

Creo que la dependencia de estas tecnologías conlleva el deterioro de las otras relaciones, e incluso puede conllevar un analfabetismo emocional que impida la conexión con otros individuos más allá de una pantalla. No obstante, está claro que esta tendencia se da mayoritariamente en las nuevas generaciones, las que hemos crecido con un ordenador en lugar de con un pan bajo el brazo; por lo tanto, dudo que exista una discriminación hacia las personas que no saben utilizar dichas tecnologías, pues cada vez son menos y más mayores y, por supuesto, más asentadas en los grupos primarios “tradicionales”. Si se da una estratificación social, será en base a otros principios, pues la tecnología básica para ciberrelacionarse es asequible para una gran parte de la población. Respecto a la última pregunta, es posible que en un futuro la mayoría de relaciones con grupos primarios se den a través de la red, pero lo que para mí es inconcebible es la desaparición de ciertos grupos primarios, como la familia.

La familia es una estructura fundamental de la sociedad, que puede ver cambiada su forma y características hasta límites insospechados, pero que nunca podrá desaparecer, puesto que hay ciertos aspectos de nuestro crecimiento que jamás podrán ser sustituidos por otras instituciones o grupos, como puede ser el afecto durante la infancia o el aprendizaje de las normas básicas y esenciales para la interrelación (como el lenguaje, comer con cubiertos o dar las gracias). A pesar de que instituciones como la enseñanza puedan influir o incluso ser quienes hayan asumido el deber de instruir al individuo en cosas como el pensamiento crítico o las relaciones entre iguales; o de que los amigos se conviertan, sobre todo en la adolescencia, en la principal fuente del saber; el simple hecho de la dependencia del ser humano durante la infancia implica la necesidad de una estructura básica, inmediata y cercana, que siempre ha sido y será la familia.

Más probable es que las ciberrelaciones provoquen un deterioro en las facultades de la persona para dominar el lenguaje no verbal, perdiendo la habilidad de descifrar miradas o gestos; incluso es probable que la soledad que implica estar frente al ordenador nos convierta en seres ariscos, o que las relaciones se tornen más superficiales; pues un detalle del que no habla el texto pero que yo considero muy importante, es que, en Internet, uno puede ser lo que desee; la mentira o la idealización es más fácil cuando sólo tienes que mentir con la palabra escrita. Esto puede afectar tanto a las relaciones de amistad como a las amorosas, instaurándose de nuevo el amor platónico y principesco, relegando a un segundo plano las necesidades físicas que la pasión provoca.

COMENTARIO

Diversas cuestiones vídeo UNED

Para empezar, deberíamos establecer la diferencia básica entre antropología y sociología. Según el diccionario de la Real Academia Española, así como la antropología se dedica al estudio de la realidad humana, teniendo en cuenta aspectos biológicos y sociales del hombre, la sociología es la ciencia que trata la estructura y funcionamiento de las sociedades humanas. Estas definiciones parecen establecer una diferencia básica, y es que la sociología es una parte fundamental de la antropología, pero no es la única. No obstante, no hay que detenerse en lo más básico; profundicemos un poco más.

La antropología es, ante todo, una ciencia integradora, que estudia al hombre en el marco de la sociedad y la cultura a las que pertenece, y, al mismo tiempo, como producto de las mismas. Se ocupa de estudiar el origen y desarrollo de la variabilidad humana, los modos de comportamiento sociales a través del tiempo y el espacio. Se divide en dos grandes grupos: la antropología física, que se refiere a la biología y la adaptación fisiológica; y la antropología social o cultural, que se ocupa de las formas en que las personas viven en sociedad, de las formas de evolución de su lengua, cultura y costumbres.

Por otro lado, la sociología estudia la sociedad, entendiéndola como una colectividad de individuos que se interrelacionan; intentando explicar de la forma más científica posible este fenómeno, aunque en ocasiones plantea una crítica o transformación. Así, estudia, describe, analiza y explica los procesos de la vida en sociedad, buscando comprender las interrelaciones de los hechos sociales mediante una perspectiva histórica, pretendiendo conocer el carácter de los conflictos y problemas de la sociedad, examinar las bases del desarrollo social y las tendencias de las comunidades. Su terreno es tan amplio que puede investigar desde los motivos por los cuales las personas seleccionan a sus parejas hasta las razones de la desigualdad social.

Por lo tanto, podemos deducir que la sociología, aunque puede parecer que forme parte de la antropología, tiene un enfoque distinto, menos histórico y más actual; que analiza en mayor profundidad los procesos y las tendencias de las sociedades.

Otra de las cuestiones que se nos plantean es la correlación que puede haber entre estructura social y dinamismo. En primer lugar, se debe tener en cuenta que en cualquier tipo de sociedad, por muy simple que ésta sea, se puede distinguir una estructura social; que podemos describir de una forma escueta como la forma en la que se organizan los elementos de la sociedad. Por lo tanto, está formada tanto por los elementos mismos que conforman la sociedad como por las relaciones que se establecen entre ellos. No es difícil deducir que, atendiendo a los cambios que pueden producirse en los individuos, en su forma de organizarse y en sus relaciones, la estructura social no puede ser algo estricto, aunque el hecho de que nos relacionamos de una forma estable y repetitiva le confiere estabilidad.

El concepto de estructura social es muy complejo, pero podemos señalar algunos conceptos básicos:

- Está formada por grupos sociales, clases y estratos sociales, tipos estandarizados de relaciones e instituciones. Cuanto más compleja es la sociedad, más institucionalizada estará.
- Implica la idea de un conjunto, formado por partes diferenciadas, entre las que se establecen unas relaciones ordenadas.

Y es aquí donde aparece el concepto de dinamismo, porque las relaciones, aunque estén sometidas a unas pautas concretas, repetitivas y aprendidas (lo que se denomina procesos sociales), son algo cambiante, dinámico.

Por último, se nos insta a responder cuáles son los problemas sociales que se indican en el vídeo, y si consideramos que dichos problemas son todavía actuales. El reportaje considera la transformación que está sucediendo en nuestra sociedad como un cambio de una sociedad industrial en una sociedad tecnológica avanzada; la aceleración y vertiginosidad de este cambio y del proceso tecnológico que implica es el problema básico que se plantea. Los efectos sociales que implica son la crisis del modelo estado-nación, a favor del surgimiento de entidades supranacionales y del concepto de globalización; el aumento del paro, al necesitarse menos mano de obra gracias a la mecanización de los procesos, el aumento de las diferencias sociales, los problemas derivados del desequilibrio ecológico y el deterioro del clima de convivencia debido a una crisis en el sistema de valores. No todo es malo, el cambio también nos ha proporcionado más seguridad en el trabajo, que éste sea más cómodo, mayor esperanza de vida, surgimiento de nuevas posibilidades comunicativas,...

Esto conlleva a una encrucijada de incertidumbres y oportunidades que, en mi opinión, todavía está muy vigente hoy en día. El hombre pierde poco a poco el papel que le fue atribuido en la sociedad industrial, su fuerza productiva, para pasar a ser un ente controlador, dominador de la naturaleza y las máquinas, cuya función se eleva pero, a la vez, implica mayor necesidad de formación y la aparición de una generación-puente que se pierde en el mar de la tecnología, quedando descolgados del tren del progreso. Por supuesto, la realización por parte de una persona de una tarea que tradicionalmente necesitaba más gente, provoca un aumento del paro.

La aparición de entes supranacionales que dedican sus esfuerzos principalmente al marco económico crea un vacío en otros aspectos importantes de la sociedad, la globalización implica aumentar las relaciones entre países y culturas que desconocemos; eso provoca un cierto vértigo ante lo desconocido, que conduce de forma casi inevitable a la discriminación y, por lo tanto, al aumento de las diferencias sociales; y esto ha provocado tradicionalmente un aumento de la delincuencia. Todo ello incide en nuestro sistema de valores, degradándolo.

La industrialización masiva, la contaminación, la construcción desbocada, el abuso de las comodidades que nos proporciona el avance tecnológico, nos conducen a un desapego de la naturaleza, provocando desequilibrios ecológicos como el cambio climático, que somos incapaces de parar.

Son problemas actuales, a los que sería conveniente encontrar solución.

COMENTARIO

La inmigración

Los inmigrantes se ven sometidos a una lucha salvaje, que provoca su reclusión y la sensación de no pertenecer al “Nosotros” de la sociedad de acogida. En parte esto es provocado por la pobre política de integración y ciudadanía que se gestiona desde los países de acogida. Y esto, teniendo en cuenta que las migraciones son cada vez más definitivas, puede ser funesto. Y es que los movimientos migratorios han cambiado, sobre todo por el hecho de que los inmigrantes ya no creen que sus problemas vitales puedan ser resueltos en su país de origen; aunque, a pesar de ello, no abandonan la utópica idea de volver a su país y de que están temporalmente asentados en un país extranjero; aunque más bien puede considerarse como una medida de autoprotección, a menudo inconsciente. Las leyes del país de acogida favorecen dicho asentamiento, ya que las políticas de cierre de fronteras han tenido un efecto contrario al esperado, teniendo que realizarse regularmente nuevas regularizaciones para evitar la inmigración ilegal descontrolada. La imposibilidad de ir y volver, ha propiciado estas circunstancias a las que los países de origen se resignan, beneficiándose de la mejora de algunos problemas sociales a la vez que ven perdidas las aportaciones financieras.

En el país de acogida, no obstante, la situación es más delicada; los poderes públicos evitan hablar con franqueza del tema, para no remover resortes profundamente arraigados, e intentan en vano mantener en su discurso la característica de provisionalidad, como si los inmigrantes sólo estuvieran ahí para cumplir las funciones que los autóctonos han desechado. La hipocresía de estas políticas es patética, y se suma a las fantasías de regreso de la propia inmigración y al deseo autóctono de no ver instalados definitivamente a los inmigrantes; creando una gran pompa de jabón ilusoria.

En los ochenta y los noventa, el aumento del peligro xenófobo obligó a los poderes públicos a plantearse seriamente la integración de los inmigrantes. A pesar de ello, siguen negando que se trate de países de inmigración de repoblación, evitando así tener que plantearse temas peliagudos como la cuestión de la ciudadanía plena o la adquisición de la nacionalidad de los inmigrantes. Así fomentan un sistema de tres puntas, en las que se sitúan en cada vértice un tipo de ciudadano, con distintos derechos: los nacionales que disponen de todos los derechos, los ciudadanos europeos que disponen de derechos equivalentes y los extranjeros, a quienes se les aplica un derecho propio. Todo esto cara a la galería, porque mientras tanto favorecen la inmigración de las capas medias, que tienen una relación diferente con el país de origen y que están más dispuestos al cambio y al establecimiento perpetuo. Así participan de este proceso de inmigración de repoblación; mientras los países de origen aceptan de mala gana el atraco cultural al que se ven sometidos.

Se puede decir que la integración implica que tanto los demás como la misma persona se identifique como parte de la comunidad; pero en realidad, el inmigrante se encuentra entre estos dos niveles, oscilando

entre dos obstáculos fundamentales que suelen llevar a confusión entre la población autóctona: o el inmigrante no está integrado o no es integrable; y aquí empieza una cadena que interrelaciona estas dos ideas hasta crear una bola en la que nadie sabe ya dónde empieza una cosa y termina la otra.

Lo que es innegable, es que la pertenencia a una etnia no debe ser un criterio de diferenciación en cuanto a derechos se refiere. Aunque podríamos afirmar, y no nos equivocáramos, que incluso en las sociedades más modernas existe una imagen común y homogénea, de manera que este sustrato étnico no se consideraría parte de la sociedad. De hecho, en nombre de esa identidad común se tiende a imponer un modelo cultural frente al resto, imposibilitando la multiculturalidad. Desde luego, no puede obligarse a nadie a integrarse, pero desde el estado se debe fomentar dicha integración para todos aquellos que quieran participar de ella, evitando la formación de guetos, ya que el futuro del inmigrante está en la sociedad de acogida; por supuesto, también hay que tener en cuenta que la libertad del inmigrante termina donde empiezan los pilares básicos del país de acogida, los derechos como la igualdad entre mujeres y hombres o el laicismo del estado, y que, en este sentido, debe adaptarse a la nueva sociedad a la que pertenece.

Aunque no existe un modelo de integración propiamente dicho, sí que hay tres modelos predominantes y bien distinguidos: el modelo individualista de Gran Bretaña, donde se disfraza como tolerancia lo que realmente es una sociedad sin un vínculo común y con grandes dosis de racismo; el modelo brasileño, donde se ha aceptado la diversidad étnica como el elemento diferenciador y común en su sociedad; o bien la política asumida en Francia, donde su fuerte identidad republicana es fácilmente asumible por los inmigrantes. En la práctica, el modelo francés no funciona sin que el inmigrante pierda su identidad de origen. Lo que a menudo se olvida, es que la inmigración es un fenómeno individual, y que no puede considerarse toda la comunidad inmigrante como un todo homogéneo; por lo tanto, sólo una política de acceso a la ciudadanía basada en la aceptación de la diversidad y de los valores comunes que nos unen podrá crear un ambiente de integración.

Caso aparte es la introducción del Islam en la sociedad Europea; diversos países ya han iniciado el camino para la igualación de dicha religión a las ya existentes en el país, aunque no siempre se han obtenido los resultados esperados; el problema español en este sentido es la presencia del malikismo, una rama del Islam con una concepción bastante fanática y arcaica; no obstante, la integración es inevitable, y acabará llegando tarde o temprano.

El problema más importante que he detectado tras la lectura de los textos, es: ¿dónde empieza la pérdida de identidad del inmigrante? ¿es necesario abandonar todas sus costumbres? ¿deben estas costumbres ser asumidas por la sociedad de acogida? En mi opinión, el paso fundamental para una integración real empieza por la igualación de los derechos, pero no sólo por parte del país de acogida hacia el inmigrante, sino también a la inversa; las tradiciones y costumbres contrarias al derecho del país de acogida deberían ser abandonadas, en pro de una identidad común fundamentada en los derechos humanos, la tolerancia y el respeto. Tras esto, el siguiente paso es la cultura, que se puede integrar perfectamente en el ámbito social nuevo; quizá mi idea es utópica, pero la curiosidad por los demás países, religiones, costumbres y folclore no debería entenderse como algo malo, sino como la manera de entablar una relación basada en cosas comunes y diferencias, donde cada uno aprende del otro y descubre qué hay más allá de sus fronteras.

COMENTARIO

Los Medios de Comunicación y la creación de estereotipos

A pesar de que la mayoría de gente asume como fuente principal de información y de descripción del mundo a los Medios de Comunicación, se debe tener en cuenta que éstos no nos enseñan, ni pueden mostrar, el mundo tal y como es. Los medios representan la realidad; y como tal, el término *representación* implica varios conceptos importantes: en primer lugar, que no todas las personas o aspectos de un suceso pueden ser reproducidos, y que es imposible realizar una selección sin prejuicios, sobre todo cuando se tienen en cuenta criterios como su interés como noticia o entretenimiento, entre otros; en segundo lugar, el término implica la asunción de que aquello mostrado es algo típico o característico de la persona o grupo representado, lo que suele conducir a la creación de estereotipos; en tercer lugar, deberíamos preguntarnos si el grupo al que se representa habría elegido esa imagen para representarse a sí mismo; por último, la percepción que el espectador tiene del mundo influye en él y, por lo tanto, no todos tenemos la misma visión de las cosas, ni se puede prever una reacción determinada en el público.

Esto es precisamente lo que convierte a los medios en un vehículo perfecto para el desarrollo de estereotipos; éstos consisten en una lista de características atribuidas a un grupo, repetida frecuentemente, de manera que convierten algo complejo en algo simple; es decir, indican qué se considera típico o característico de un grupo, desde el punto de vista de otro grupo. Valga decir que suele tratarse de la visión que tiene el grupo dominante sobre las minorías.

Pero los estereotipos tienen también otras características, como que son predominantemente evaluativos o subjetivos, y generalmente negativos; para muchos, parecen ser obvios, al tratarse de algo conocido por todos, incluso por aquellos que no los asumen como verdad. Pero quizá su característica más peculiar es que son a la vez ciertos y falsos; esto es, que las características son ciertas y comprobables en la mayoría de los casos, lo que le atribuye veracidad, pero a la vez, el hecho de tener en cuenta sólo unas características concretas, olvidando las demás (la selección de determinados rasgos) y atribuyéndoles carácter representativo, lo convierten en falso.

Las funciones de los estereotipos son varias, como justificar la conducta del grupo que cree en él en relación al grupo que se valora, permiten organizar la información sobre el mundo, e incluso protegen al grupo que tiene un estereotipo, proporcionando una clave de diferenciación frente al grupo valorado.

Suelen crearse como respuesta a una amenaza percibida por el grupo dominante; un ejemplo de ello es lo ocurrido en Australia con los aborígenes cuando se repobló la colonia a finales del siglo XIX, cuando los inmigrantes crearon un estereotipo basado en las diferencias entre las normas sociales de los dos grupos, fortalecido por la reticencia de los autóctonos a abandonar sus tierras.

Esto suele implicar una discriminación que conlleva cambios en las condiciones sociales

(normalmente a peor), lo que provoca que los estereotipos se vean reforzados por dichos cambios, incorporándose éstas nuevas características y creando una versión en la que el estereotipo es consecuencia de dicha condición social y no a la inversa; es decir, se invierten la causa y el efecto.

Los Medios de Comunicación refuerzan las opiniones generales, definiendo los contenidos de los estereotipos; muchas veces es debido precisamente al ansia de transmitir los sucesos de forma breve y comprensible, lo que provoca la simplificación de la información; y es que los medios casi nunca explican los cambios en la condición social en términos históricos, pues no resulta productivo en su ámbito.

Por supuesto, el estereotipo se ve reforzado, pues el vínculo con las condiciones sociales, al ser en parte verdad, se convierte en una característica comprobable más; es decir, que el hecho de que la condición social de un grupo sea verídica, ratifica el estereotipo, justificando así el comportamiento que toma el grupo dominante frente al grupo minoritario.

En el caso de la inmigración, los estereotipos frecuentemente influyen en la mala integración de los inmigrantes, ya que se preestablece un comportamiento negativo por parte del grupo de acogida. Un ejemplo claro de la influencia negativa que los medios tienen en las relaciones de los autóctonos con los inmigrantes, es la mayor proliferación de noticias que muestran delitos cometidos por los inmigrantes, lo que provoca una sensación de inseguridad contra la que hay que salvaguardarse; así, el estereotipo predominante en todas las sociedades de acogida es que los inmigrantes, sean de donde sean, son grupos con gran porcentaje de delitos. Esto se ve ratificado por las pobres condiciones sociales en las que suelen vivir estos grupos (pisos compartidos, trabajos mal pagados,...).

De todos modos, es necesario tener en cuenta que no todos los estereotipos van dirigidos hacia comunidades inmigrantes, sino que también se dan dentro de una sociedad, hacia grupos minoritarios; un ejemplo es la discriminación sufrida por la comunidad gitana en todas las sociedades europeas donde estos residen; el sentimiento común de que se trata de un grupo social sucio, donde las drogas y los robos son el pan de cada día, y que rechazan la pertenencia al resto de la sociedad, es quizá uno de los estereotipos mejor forjado y más asumido de nuestros días; no suele tenerse en cuenta que gran parte de los comportamientos de dicha comunidad vienen dadas por su carácter nómada, y por el rechazo que, desde los grupos sedentarios, se desarrolló con la llegada de la industrialización y la calidad de vida actual.

Por último, quería comentar que los estereotipos son una medida de protección bajo la que se esconde gran parte de la población, y no sólo del grupo dominante, sino que también existen en los grupos minoritarios; no obstante, la presión social y discriminación que uno u otro grupo pueden ejercer no es comparable; es mucho más dañino un estereotipo discriminador en el grupo dominante que en una minoría.

El miedo a lo desconocido es, en mi opinión, un factor determinante en la creación de los estereotipos; el terror a perder la posición social o a que el mundo como lo conocemos cambie han sido, desde tiempos inmemoriales, fobias muy presentes en cualquier sociedad.

COMENTARIO

El velo, ¿opresión o identidad?

El debate iniciado en Francia a finales de los 80 sobre el uso del velo islámico no es algo que se perdiera en el olvido tras la decisión de la República de que no se trataba de algo incompatible con el laicismo, siempre que no interfiriera con la vida pública; sino que, aún ahora, preguntas como si se trata de un símbolo de opresión hacia la mujer o un símbolo cultural provocan debates sobre si hay que oponerse a todo signo distintivo de identidad. Lo que subyace bajo el debate es si el ámbito privado debe prevalecer sobre el público, y si la integración de los grupos minoritarios debe implicar o no el abandono total de sus costumbres.

Más, en este caso, entra en juego la igualdad entre mujeres y hombres, puesto que el punto de vista europeo sobre el pañuelo ha implicado, desde siempre, un signo de sumisión; ¿es realmente así? desde el punto de vista musulmán, no, ya que la condición civil inferior de la mujer debe ser juzgada en función de la propia religión; esta opinión se ve reforzada por dos argumentos a favor del velo, uno individualista: “lo llevo porque me gusta” y otro multiculturalista “es un símbolo cultural de distinción”. Pero la visión de los países de acogida es muy distinta: es viable respetar el derecho a la diferencia, siempre que éste no implique la diferencia de derechos.

El mayor problema que se ha detectado, es que la aceptación del velo en la vida pública, y concretamente en la escuela, ha provocado reacciones separatistas, como la separación entre niñas y niños, el rechazo a la educación física mixta; o incluso actitudes más conservadoras, como la negativa a asistir a algunas clases de biología o a quitarse el velo para realizar las fotografías de los documentos de identidad. Por lo tanto, la experiencia nos muestra que la concesión de una libertad suele implicar la exigencia de otras; lo que conduce al problema de establecer un límite.

Y es que, como ya hemos comentado más de una vez, la libertad individual termina donde empiezan las libertades de la sociedad en general, como la igualdad de derechos entre hombres y mujeres; la sociedad de acogida tiene el deber de establecer dichos límites, de explicarlos y ser pacientes, buscando siempre la integración de la manera más adecuada para ambos grupos (los autóctonos y los inmigrantes, o el grupo mayoritario y las minorías); y más teniendo en cuenta que las sociedades occidentales están más adelantadas en dichos derechos: se debe predicar con el ejemplo.

Hay que tener en cuenta, además, que no para todos los musulmanes el velo o pañuelo es algo determinante de su cultura, como comenta Farida Benlyazid en su artículo *¿Por qué el pañuelo?*, “hacer del pañuelo el símbolo de mi religión me molesta profundamente. Reducir el islam a un debate sobre el pañuelo me parece una especie de desviación”. Esta misma periodista nos explica que el Corán no especifica que las mujeres deban cubrir su pelo, sino que aconseja a los creyentes, tanto hombres como mujeres, que sean

recatados y castos, preservándose a sí mismos y a los demás de la tentación.

La introducción del pensamiento wahhabí (rama integrista y moralista que predica la vuelta a las fuentes para agrandar a Dios y volver al esplendor del mundo musulmán) ha multiplicado los sermones sobre este tema, hasta el punto de que incluso países que han eliminado el uso obligatorio del pañuelo, como Túnez, han visto incrementado su uso, sobre todo entre las jóvenes cultas, que lo ven como un compromiso con el Islam o un rechazo a los valores occidentales, y creen que su libertad pasa por el uso del pañuelo; aunque, como comenta Farida, también se ha convertido en gran parte en una moda o en una protección.

Estas discusiones han creado tensiones no sólo en las sociedades europeas, sino también en los países árabes, ya que las mujeres que llevan pañuelo se creen investidas de la verdad, y las que no lo llevan experimentan un creciente rechazo, francamente comprensible, si tenemos en cuenta lo mucho que algunas mujeres de estas sociedades tuvieron que luchar para abolir su uso.

Lo que todos parecemos olvidar la mayoría de las veces es que, independientemente de la religión que profesemos, o si somos ateos, hay unos principios básicos para la vida en sociedad, que son asumidas por todas las religiones por igual, aunque con distintas palabras. Como comenta Farida, “Dios nos quiere libres, libres de acudir a Él uno a uno, con nuestra diversidad”; y alguna verdad similar proclama el catolicismo; pero la historia es un arma de doble filo, y muchas veces las distintas interpretaciones que a lo largo del tiempo se han hecho de los distintos textos sagrados han abierto un abismo donde no existía, o han ensanchado el existente.

Aunque al final, cualquier debate de esta índole no es más que una versión específica de un debate que siempre ha existido: hasta dónde debe llegar el respeto por las costumbres particulares en pro de un bien común. En el caso del velo islámico, es algo que “ataca” directamente unos principios que llevan siglos establecidos en las sociedades europeas; hasta donde alcanza mi memoria, en la escuela no se podía vestir nada que te tapara el rostro o el pelo, y siempre se ha considerado de mala educación llevar sombreros o gorros en un interior; claro está que para la sociedad musulmana esto no es así, pero para todo lo que atañe al ámbito público, como por ejemplo la identificación de los individuos mediante un documento que confiere derechos y deberes en la sociedad de acogida, debe respetarse la necesidad de quitarse el velo, al igual que se quitan los sombreros y gorros.

El caso escolar es distinto, puesto que además entra en juego el factor de la edad y la necesidad de desarrollar una personalidad distintiva que se integre en un grupo; sobre todo en la adolescencia, las personas tienden a establecer una personalidad propia, que suele incluir el modo de vestir y las creencias; cabría plantearse hasta qué punto, en estos casos, el uso del pañuelo no es asimilable a los piercings, la ropa completamente negra u otras formas de vestir típicas de un grupo.

COMENTARIO

La teorización del patriarcado

El término patriarcado se utiliza para definir las sociedades en las que los miembros masculinos ostentan la posición de poder, aunque su uso se generalizó desde que feministas y psicólogos buscaron en él un posible origen para la desigualdad de género; una visión más profunda del término nos la muestra Silvia Walby, quien, además de incorporar el cambio histórico, las diferencias étnicas y de clase y la relación del patriarcado con el capitalismo, define las estructuras a través de las que opera.

Es decir, que el patriarcado es multidimensional, y podemos distinguir en él diversas estructuras que se interrelacionan. En primer lugar, se produce una discriminación en la familia, el pilar sobre el que se sustenta la sociedad, donde la mujer es quien realiza el trabajo doméstico; en segundo lugar, al introducirse la mujer en el mundo laboral, se encuentra con que se ve apartada de los puestos más importantes, relegada a ciertos empleos de menor cualificación y remuneración. En tercer lugar, el Estado, regulador de las normas de la sociedad, permite dicha diferenciación, e incluso puede llegar a favorecerla; así como perdona la violencia masculina sobre las mujeres, negándose a intervenir.

En quinto lugar, se encuentran las relaciones sexuales; donde el patriarcado se manifiesta mediante una “heterosexualidad obligatoria” y un trato distinto entre mujeres y hombres frente al sexo. Por último, cabe tener en cuenta que diversas instituciones y prácticas, como los medios de comunicación, la religión e incluso la educación, contribuyen al establecimiento y continuidad del patriarcado, mediante la producción de representaciones en que la mujer resulta un ser inferior.

Asimismo, Sylvia distingue entre la forma privada de patriarcado, la dominación que ocurre en el hogar por un patriarca individual, y su forma pública, que tiene un carácter más público y la discriminación es ejercida por la sociedad al completo.

Hay que destacar que las mujeres, educadas en este tipo de sociedades, interiorizan el rol para el que se las pretende destinar, y pueden llegar incluso a defender esta estructuración frente a otras más abiertas; las mujeres, preparadas para el matrimonio y la obediencia a su marido, se convierten en las portadoras del estandarte del machismo. No obstante, no siempre es así, hecho que se demuestra por la gran cantidad de sociedades en las que se ha abandonado esta práctica a favor de una búsqueda intensa de la igualdad, apoyada por el Estado, que crea políticas de discriminación positiva para fomentar el empleo femenino y su valoración en los mismos términos que el masculino.

Por último, Walby señala que en Gran Bretaña se ha producido una transformación del patriarcado privado al público, que no ha conseguido ser derrotado: las mujeres se encuentran segregadas y subordinadas en todas las áreas de la vida pública; mientras que antes esta diferenciación se daba básicamente en el hogar.

COMENTARIO

El control de los medios de comunicación

La primera reacción al leer la introducción del texto de Noam Chomsky es la negación de la definición de democracia; pero cuando el lector supera esta reacción y avanza en la lectura, va percibiendo la verdad de las palabras del texto: no existe una democracia en la que los medios de comunicación sean libres e imparciales.

Más insólito resulta el análisis de las teorías de Walter Lippmann que realiza el autor, y que producen una sensación de perplejidad y asombro difícil de superar. Lippmann pensaba que sólo una clase especializada de hombres responsables y lo suficientemente inteligentes era capaz de comprender y resolver los problemas referidos a los intereses comunes; el resto de la población, el rebaño desconcertado, son meros espectadores cuya única función es participar activamente a la hora de elegir a su líder, y castigarle en caso de que sus acciones no les convenzan; y es que, según este periodista y analista político, “la gente es simplemente demasiado estúpida para comprender las cosas”. Lo que me resulta particularmente curioso es que, aún con estos textos en circulación, la población siga actuando como un rebaño, evitando el análisis profundo de los sucesos y el porqué de las campañas propagandísticas; el poder es manipulador, y la gente acaba convenciéndose de que las acciones del gobierno se llevan a cabo porque es lo que quiere la mayoría, no porque los “elegidos” tomen decisiones y las inculquen como propias de la población.

El resto del artículo consiste, básicamente, en una sucesión de ejemplos en los que el gobierno estadounidense ha utilizado la propaganda como medio para que sus políticas sean aceptadas por la población; en algunos casos, se trata de hechos tan flagrantes que un espectador externo no acaba de creerse que sea posible cambiar la opinión pública de esta manera. A la vez que nos adentramos en las triquiñuelas del sistema, el autor nos revela algunos mecanismos que se utilizan para que la propaganda surta efecto; los más importantes de los cuales son, no necesariamente en orden de importancia, la segregación, la tergiversación, la creación de eslóganes vacíos de contenido, el despiste y el desconocimiento. En el primer caso, se trata de que el individuo desconozca que hay más personas que piensan como él, que crea que es un “bicho raro” por pensar que algo no cuadra en las políticas del gobierno, que no encontrará el apoyo necesario en la población para actuar contra las decisiones que le parecen inadecuadas.

La tergiversación se da al superar la primera fase, en caso de que se produzca la unión de la población para criticar y manifestarse en contra de algo que no les parece correcto; ante el peligro que supone para los “dueños de la sociedad” el hecho de que se plantee entre el “rebaño desconcertado” la forma de hacer las cosas del grupo de elegidos, y que éste se de cuenta de la fuerza de la que realmente es poseedor, los disidentes son mostrados como monstruos que actúan, sienten y piensan en contra del bien común; se les tacha de violentos, de traidores a la patria y a otros principios vacíos de contenido pero a los cuales nadie

puede negarse, como el orgullo de ser americano. Este procedimiento, explica Chomsky, se ha llegado a llamar *métodos científicos para impedir huelgas (fórmula Mohawk Valley)*; como vemos, este punto está íntimamente relacionado con el tercer método comentado anteriormente. Se trata de crear eslóganes que no significan nada, pero de los que todo el mundo esté a favor; el ejemplo dado en el texto, *Apoyad a nuestras tropas*, me parece un ejemplo claro; nadie puede estar en contra de apoyar a los soldados que luchan y mueren lejos, y que son compatriotas; independientemente de si el motivo que les ha llevado a la guerra no nos parece correcto.

Las tácticas de despiste consisten en ofrecer al pueblo acontecimientos sobre los que éste pueda centrar su atención, obviando lo que los intelectuales puedan considerar peligroso; no en vano se dice que el fútbol es *el nuevo opio del pueblo*; otras expresiones hacen referencia a este fenómeno, como *más circo y más pan*, que viene a decir, en pocas palabras, que si entretienes a la gente y fomentas el consumismo, no se preocuparán más que de su propio bienestar; como dice Chomsky en su texto, *“la mayoría de los individuos tendrían que sentarse frente al televisor y masticar religiosamente el mensaje, [...] lo único que tiene valor en la vida es poder consumir cada vez más y mejor [...]”* (CHOMSKY, 1997:11).

Por último, se habla del desconocimiento; es fácil deducir que si una persona no posee toda la información necesaria para fabricarse una opinión personal no es posible considerar que las cosas no se están haciendo bien; y aún cuando alguien pueda formarse una opinión, ésta estará inducida, puesto que la información que los poderes públicos ofrecerán estará encaminada a que la población se forme una idea del conflicto acorde con sus intereses (los de la clase política).

Para los desconfiados que todavía creen que en España las cosas no son así, y que los ejemplos del texto, al ser todos relativos a la sociedad estadounidense (tan mal considerada por nosotros como nosotros lo somos para ellos), no son aplicables a nuestro país; pero puedo nombrar algunos casos en los que se han dado estas circunstancias; recuerdo cómo el triunfo de la Selección Española de Fútbol en la Eurocopa desvió completamente la atención de un problema incipiente: la crisis económica en la que estamos sumergidos; para desgracia de *los elegidos*, el despiste no fue suficiente, puesto que el problema era demasiado grande para ser evadido con fútbol; no obstante, muchos más temas se han mostrado intentando que la población olvide, aunque sea momentáneamente, el caos en el que estamos sumergidos: las discusiones sobre la ley de la memoria histórica, la reforma de la ley del aborto,... llenan las tertulias de la televisión, desviando la atención, no ya de los problemas que sufrimos por la crisis, sino del motivo de ésta.

Aunque también hay ocasiones en las que la propaganda no funciona, tal fue el caso de la invasión de Iraq en 2003; la opinión pública no pudo ser conducida, insistió en vano en un *no a la guerra* que fue ignorado por el gobierno del momento; naturalmente, la administración gubernamental fue posteriormente “castigada” por la población, haciendo uso de su poder y apoltronándose después como espectadores (tal y como se esperaba de ellos); el último caso de tergiversación que recuerdo respecto a un grupo de gente organizada para reivindicar otro tipo de política, educativa en este caso, ha sido la campaña que se ha llevado a cabo en contra de los estudiantes Anti-Bolonia, que han sido tachados de radicales antisistema, irresponsables, provocadores, violentos, a favor del botellón e irrespetuosos con la propiedad pública; independientemente de que estemos a favor o en contra de sus reivindicaciones, hay que admitir que esta

visión no es real.

A pesar de todo lo dicho, no es fácil encontrar una solución a este hecho; lo que el autor denomina *los dueños de la sociedad* ostentan el poder político y económico del país, por lo que su influencia en los medios difícilmente va a verse menguada; por otro lado, la búsqueda de información sobre temas de los que no se quiere difundir más que lo que interese, es ardua tarea para el ciudadano de a pie; quizá el principio sea no dar por sentado todo lo que nos transmiten los medios, aunque esto sólo sea el primer paso de un largo camino del cual no podemos ver el final.

